

Dr. Lorenzo Meyer:*

Como es bien sabido, la reflexión lógica y sistemática sobre los fenómenos políticos tiene un largo y prestigioso historial. Los primeros intentos por establecer las grandes generalizaciones en torno a la acción de gobernantes, de gobernados y de las instituciones que media entre ambos, datan de la Grecia clásica aunque es muy posible que los antecedentes sean más remotos.

En el caso concreto de México, poco sabemos sobre lo que podría ser una teoría política prehispánica, pero no hay duda de que desde el inicio de la empresa colonizadora en el siglo XVI, los pro-

* El Colegio de México.

cesos políticos de lo que llegaría a ser la Nueva España, así como los mundiales, fueron aquí objeto de muchos análisis. Sin embargo, en el mundo académico de la colonia no hubo un lugar independiente reservado a la enseñanza de las artes del gobierno; en la medida en que este tema fue tratado en las aulas universitarias, estuvo siempre supeditado a la teología; a la filosofía y al derecho. En cualquier caso, todo indica que la teoría imperante en esa época fue ortodoxa y muy similar a la de España. El pensamiento político más o menos desligado de las preocupaciones teológicas, que empezó a ganar terreno en Europa a partir del Renacimiento, apenas si llegó a México y nunca por la vía académica sino burlando a la censura.

Con la Independencia, los aires más modernos en torno al pensamiento político empezaron a soplar en México; pero si bien entonces la censura casi desapareció, lo mismo le ocurrió a la institución en donde naturalmente debían discutirse y adaptarse a la realidad mexicana esas políticas; es decir, la Universidad. De todas maneras, los ideólogos de los grandes partidos nacionales en pugna en el siglo XIX conocieron y divulgaron a su manera las corrientes teórico-filosóficas dominantes en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica. La parte formal del estudio del gobierno en la medida en la que hubo siguió siendo coto cerrado de los abogados.

El establecimiento, por derecho propio, de la ciencia de política dentro de los recintos de enseñanza superior, se dio en Europa y los Estados Unidos a fines del siglo pasado. En 1870 se creó en París la *École Libre des Sciences Politiques*. En los Estados Unidos la primera escuela de Ciencia Política se estableció en 1880 en la Universidad de Columbia, y la *London School of Economics and Political Science* abrió sus puertas en 1895. México aceptó a la ciencia política en sus recintos universitarios relativamente tarde. Quizá porque las posibilidades de innovación y expansión del curriculum universitario se habían visto muy limitadas durante la Revolución primero, y por las tirantes relaciones entre el gobierno y la comunidad universitaria después. Sea como fuera, a mediados de la década de los cuarenta, la Universidad Nacional Autónoma de México —el centro neurálgico indiscutible del que-

hacer teórico-académico en las ciencias sociales— entró de lleno en una etapa de normalización, tanto de sus funciones como de sus relaciones con el poder público. No pasó mucho tiempo sin que se planteara la necesidad de crear el espacio independiente donde se desarrollara y transmitiera el conocimiento científico de la realidad política universal y, sobre todo, de la nacional.

En 1949 se presentó al Consejo Universitario de la UNAM el proyecto para crear la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales. Como era natural, este plan estaba inspirado en los centros de estudio de la ciencia política de Estados Unidos y Europa Occidental. Debió de haber habido ciertas resistencias al proyecto, pues no fue sino hasta 1951 cuando finalmente surgió la nueva institución.

La Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (ENCPS) tuvo como tarea inmediata la de formar investigadores y profesionistas en cuatro grandes áreas del análisis político: el de la ciencia política propiamente dicha, el de la diplomacia, el del periodismo y el de la sociología.

La nueva institución se acomodó por un tiempo en el edificio de Mascarones y poco después se trasladó a la Ciudad Universitaria. La ENCPS nació cuando México entraba de lleno a una etapa de industrialización a través de la sustitución de importaciones. A partir del período cardenista, el Estado Mexicano había dejado de lado su papel pasivo y se dedicó en cuerpo y alma a promover de manera directa e indirecta el crecimiento económico; sus áreas de competencia se multiplicaron y las filas de la burocracia parecían crecer sin cesar. El momento, pues, era adecuado para desarrollar una especialización que debería proveer, por un lado, los análisis técnicos que informaran al propio Estado posrevolucionario sobre la naturaleza de las alternativas a su acción, y por el otro, de cuadros más profesionales y competentes para las tareas estatales, siempre en aumento, tanto en cantidad como en complejidad.

En México, el estudio académico de lo político, afirmó en 1951 su independencia académica frente al derecho o la filosofía, pero el cuerpo de profesores encargados de formar a las primeras generaciones de politólogos no eran profesionales de esta disciplina,

sino del derecho, de historia o de la filosofía. Sin embargo, cuando hubo ya los primeros egresados y, sobre todo, cuando empezaron a llegar aquéllos que habían ido a especializarse en las universidades extranjeras, la situación cambió. En 1958 se modificó el plan de estudio original y Pablo González Casanova —uno de los primeros científicos sociales de nuevo cuño— asumió la dirección de la escuela. Los cursos de carácter histórico y legal, que habían dominado en la primera etapa, fueron sustituidos por otros más acordes con las corrientes dominantes en las universidades de Europa y los Estados Unidos. Los dos primeros años de la licenciatura se dedicaron a la formación interdisciplinaria básica, después vendría la especialización. Se introdujeron cursos optativos, laboratorios y prácticas de campo. Se empezó a destacar la preocupación por la teoría especializada y por el dato empírico. Además de estas modificaciones hubo un cambio más: se introdujo a la administración pública como una nueva especialidad. La naturaleza del estudiantado también se fue modificando; ingresaron algunos más jóvenes y un mayor número de entre ellos lo fueron de tiempo completo y por ello se pudo experimentar con los llamados “grupos piloto”.

En 1966, año de agitación política en la UNAM, se llevó a cabo una nueva revisión del plan de estudios que puso énfasis en la especialización, se creó la División de Estudios Superiores y la escuela pasó a ser Facultad. Ello a pesar de que hasta 1967 sólo habían obtenido su licenciatura en ciencia política y administración pública 37 de los egresados.¹ Para entonces, la Facultad estaba desarrollando no sólo actividades docentes sino de investigación, pues desde 1965 contaba con un Centro de Estudios del Desarrollo y con otro de Estudios Latinoamericanos. En 1966, se publicó *La Democracia en México*, de Pablo González Casanova, que fue el primer resultado importante de estos programas de investigación, y que constituyó un parte-aguas en el análisis político del México posrevolucionario. Se puede decir que con ese libro, el

¹ González Pedrero, Enrique. “A propósito de la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, No. 51, (enero-marzo de 1968), p. 167.

estudio académico de los fenómenos socio-políticos del México actual, adquirió su carta de naturalización.

En esta etapa la influencia de la ciencia política norteamericana se dejó sentir muy de cerca. El funcionalismo y el conductualismo fueron enfoques conocidos por los estudiantes de la época, aunque nunca los únicos. Hay que hacer resaltar aquí el hecho de que, mientras en el ámbito académico norteamericano el marxismo prácticamente no tuvo cabida, y aquellos profesores que no aceptaron la ortodoxia fueron marginados, en México no se dio ese fenómeno. Aquí, por ejemplo, la posición de C. Wright Mills, crítico acérrimo del funcionalismo dominante en su país, encontró una buena acogida en el medio universitario. La transformación de la Revolución Cubana en una revolución antiimperialista y socialista, fue otro elemento que contribuyó a inocular a la ciencia política mexicana contra la aceptación plena de las corrientes norteamericanas, y en cambio dio alientos a algunos enfoques marxistas. El hecho de que el Estado mexicano, pese a encontrarse dentro de la esfera de influencia norteamericana, no se hubiera sumado abiertamente a las corrientes de la Guerra Fría, también debió de influir en este eclecticismo. Finalmente, hay quizá otro tipo de hechos de orden práctico que también pueden explicar el que la influencia norteamericana no haya copado plenamente el campo en esta época; por ejemplo, la naturaleza cuantitativa de buena parte de la ciencia política allende el Bravo hacía muy difícil repetirla en México, por la falta de recursos técnicos y humanos.

La universidad ha sido siempre un campo muy sensible a las crisis de la sociedad mexicana, y en más de una ocasión se ha encontrado del otro lado de las barricadas en su relación con las autoridades políticas. Cuando surgió la Escuela Nacional de Ciencias Políticas, Universidad y Gobierno estaban en buenos términos, pero esta relación sufrió un cambio notable a raíz del movimiento estudiantil de 1968 y de su brutal represión en octubre. Los conflictos de 1968 y sus secuelas, como la de 1971, tuvieron un impacto directo en el carácter y forma de la enseñanza y de la investigación en las ciencias sociales mexicanas.

La tercera reforma al plan de estudios de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales tuvo lugar en 1971. En esta ocasión se dio mayor injerencia y libertad a los alumnos en la elaboración de su plan de estudios. Y, como señala una investigadora, la ciencia política se puso de moda entre los estudiantes, pues creyeron en ella una forma para llegar a tener una explicación de lo acontecido en 1968.² Los planes de estudio volvieron a modificarse en 1976. Como se señala en el nuevo plan, lo que la Facultad desea es que la enseñanza y la investigación “guarden estrecha congruencia con la realidad social, económica y política del país”, y que por tanto, las actividades de sus profesores y egresados “contribuyan consciente y eficazmente al impulso de los cambios sociales consecuentes al desarrollo histórico y coadyuven a la resolución de los problemas nacionales con un sentido democrático, independiente y progresista”.³

El carácter actual de la enseñanza de la ciencia política en la UNAM y otras instituciones similares no tiene ya nada que ver con la famosa “neutralidad científica” de la que aún se habla en otras latitudes. Se trata, por lo contrario, de una enseñanza e investigación comprometidas y fundamentalmente críticas de la situación imperante. El énfasis de la preparación del estudiante está dado por el intento para desentrañar las fuerzas que dan forma al desarrollo del capitalismo en México. Su conocimiento del acontecer mundial es limitado y parece tener como objetivo central, el llegar a comprender cómo se insertó a México en el concierto mundial del desarrollo capitalista. A partir de ahí, el esfuerzo está centrado en la comprensión de las causas que han llevado a la creación de la peculiar e inaceptable formación social capitalista del México contemporáneo y de sus expresiones al nivel de lo político. El objetivo final es vislumbrar las posibilidades del cambio.

No hay duda de que el enfoque teórico dominante en la enseñanza de la ciencia política actual dentro de la UNAM y de una

² Jeannetti Dávila, Elena: “La política y la administración pública” en Consejo Técnico de Humanidades (ed.). *Las humanidades en México, 1950-1975* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978), p. 392.

³ Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, *Licenciatura en ciencias políticas y administración pública*. (México, UNAM, 1976) p. 10.

buna parte del mundo universitario mexicano, es el marxista. La influencia norteamericana apenas si es ya visible. Ahora bien, la influencia marxista es la dominante, pero ello no implica necesariamente que sea coherente; hay enormes diferencias internas. Alumnos y profesores se encuentran divididos en varias tendencias que se oponen entre sí. Tal división obedece en parte a planteamientos teóricos y en parte a intereses políticos inmediatos. Si es verdad que la ciencia social no marxista está en crisis, sobre todo la norteamericana, también lo es que el marxismo no lo está menos. La enseñanza de la ciencia política en México está sufriendo tanto los efectos políticos y sociales de la crisis del modelo de desarrollo de la posrevolución, como por otro lado, los efectos de la falta en los paradigmas teóricos tradicionales. No parece haber ortodoxia a salvo. En principio, esta situación puede producir gran inseguridad en los profesionales de la disciplina, pero también se antoja liberadora de la imaginación, pues abre muchas posibilidades teóricas.

Para finalizar estas reflexiones, deseo hacer resaltar un punto práctico. La ciencia política es, por naturaleza, crítica de la actividad del político. Mientras que una busca la verdad, el otro busca la efectividad y para ser efectivo, las más de las veces hay que manipular y ocultar; de ahí la tensión irreductible entre el científico y el político de la que habla Max Weber. En el caso mexicano, lo singular de esta tensión en la actualidad es su magnitud.

No dispongo de estadísticas, pero creo no equivocarme si aseguro que la mayor parte de los egresados de las escuelas de ciencia política va a hacer su entrada al mundo profesional como servidores directos del Estado. En las universidades se les han dado muchos elementos teóricos e ideológicos que los llevan a poner en duda la eficacia y la legitimidad misma del régimen. Sin embargo, una vez dentro del aparato burocrático, se les exigirá conformidad, disciplina y servicio a las metas de ese mismo régimen. Supongo que en muchos de los casos, esta contradicción se resolverá al nivel de una crisis personal, pero a la larga la realidad, la teoría o ambas deberán modificarse. Será interesante comprobar cuál de las dos es más flexible.